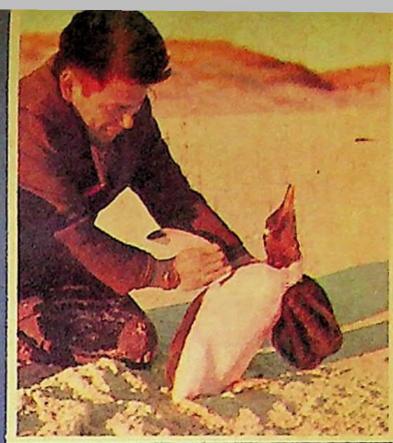


ARGENTINOS EN LAS MALVINAS



*"7 días" de "La Razón"
20/VI/1965*

**En las islas desoladas y brumosas
ser argentino es casi una rebelión. Una vida
monótona y sin salida es el
único camino de los nativos, a quienes
el gobierno inglés ignora**



Sólo tres compatriotas en una comunidad desgastada por la monotonía y el olvido

Puerto Stanley tiene tres iglesias, tres árboles y tres argentinos.

La pequeña y desolada capital de las islas Malvinas ("Falkland Islands" para sus habitantes) no mantiene ningún contacto con nuestro país. Nadie va y nadie viene. Su conexión con el mundo exterior se da directamente por Londres o indirectamente por Montevideo. Para sus 1.074 pobladores la Argentina no existe, o quizá existe demasiado. Lo cierto es que oficialmente la ignoran. Incluso los tres argentinos que han podido detectarse, participan de esa condición neblinosa y diluida: la nacionalidad de uno es dudosa, la otra casual, la otra vergonzante.

La luz verdosa de los faros antiniebla da un aspecto fantasmal a las casas de madera de Ross Road, la calle principal de Stanley. En el único cine hace ya rato que ha terminado la proyección de una vieja película norteamericana. Son las 9 de la noche. Las familias se han recluso en los livings, al abrigo del frío, para escuchar la modesta emisora local o leer ejemplares atrasados del "Times".

Los solteros tienen todavía una hora para tomar gin o brandy con leche en una de las tres cantinas de la ciudad, que cierran a las 22.

—"¡Yo soy argentino!", exclama Mr. Briggs con voz ronca, dando un pufetazo en el mostrador. El cantinero hace una seña al sargento de la guardia que vigila el orden y Mr. Briggs es arrastrado afuera. "Cada vez que digo que soy argentino, me echan por borracho", alcanza a gritar desde la puerta, con llorosa rebeldía.

Mr. Briggs, un humilde empleado de mediana edad, es el argentino dudoso. Cuando está un poco achispado sostiene fervientemente haber nacido en Buenos Aires. Pero no habla castellano. "Porque vine de muy chico". Sus amigos no

creen mucho en esta historia. Unos dicen que nació allí mismo y otros que vino de Escocia. El, cuando está fresco, prefiere no hablar del asunto. Tal vez el proclamarse argentino forme parte de su rebeldía alcohólica. En esa isla sin futuro y sin mujeres, no es extraño que un hombre soltero tome unas copas de más.

Perdida en la desolación, la niebla y el olvido, puerto Stanley es una especie de ciudad fantasma cuyo único fin es servir de puerto y oficina administrativa a la poderosa "Falkland Island Company", dueña de la mitad del territorio, del puerto, los barcos y toda la vida comercial de las islas. Los nativos se autotitulan "kelpers" (algas) como una precisa definición de su desarraigo. Olvidados por Londres e ignorados por Buenos Aires, no se sienten ingleses y mucho menos argentinos. La tierra que no pertenece a "la compañía" se reparte entre un grupo exclusivo de 19 terratenientes. El gobierno de Su Majestad no acepta a los "kelpers" en los cargos oficiales porque, como dijo un funcionario "parecen gauchos, no tienen espíritu británico". Quizá no puedan tenerlo en esa tierra ajena y árida. Los más afortunados emigran al Canadá o Australia. Los que permanecen, se dejan vivir entre la monotonía y la abulia. El periodista Mario B. de Quirós comentando en una nota sobre Las Malvinas, publicada en 1964, definió esta dramática situación de los "kelpers" diciendo: "Nuestra época merodea por las vecindades de la luna, pero ignora que aquí abajo —en Las Malvinas— un trasnochado régimen ha logrado, mediante una fórmula de alquimia medieval, transformar en 'algas' a todo un pueblo".

Alicia Miranda es argentina, tiene 16 años y escucha radio El Mundo. Hija de un chileno y una "kelper", nació en San Julián durante un viaje de sus padres. Es argentina por ca-



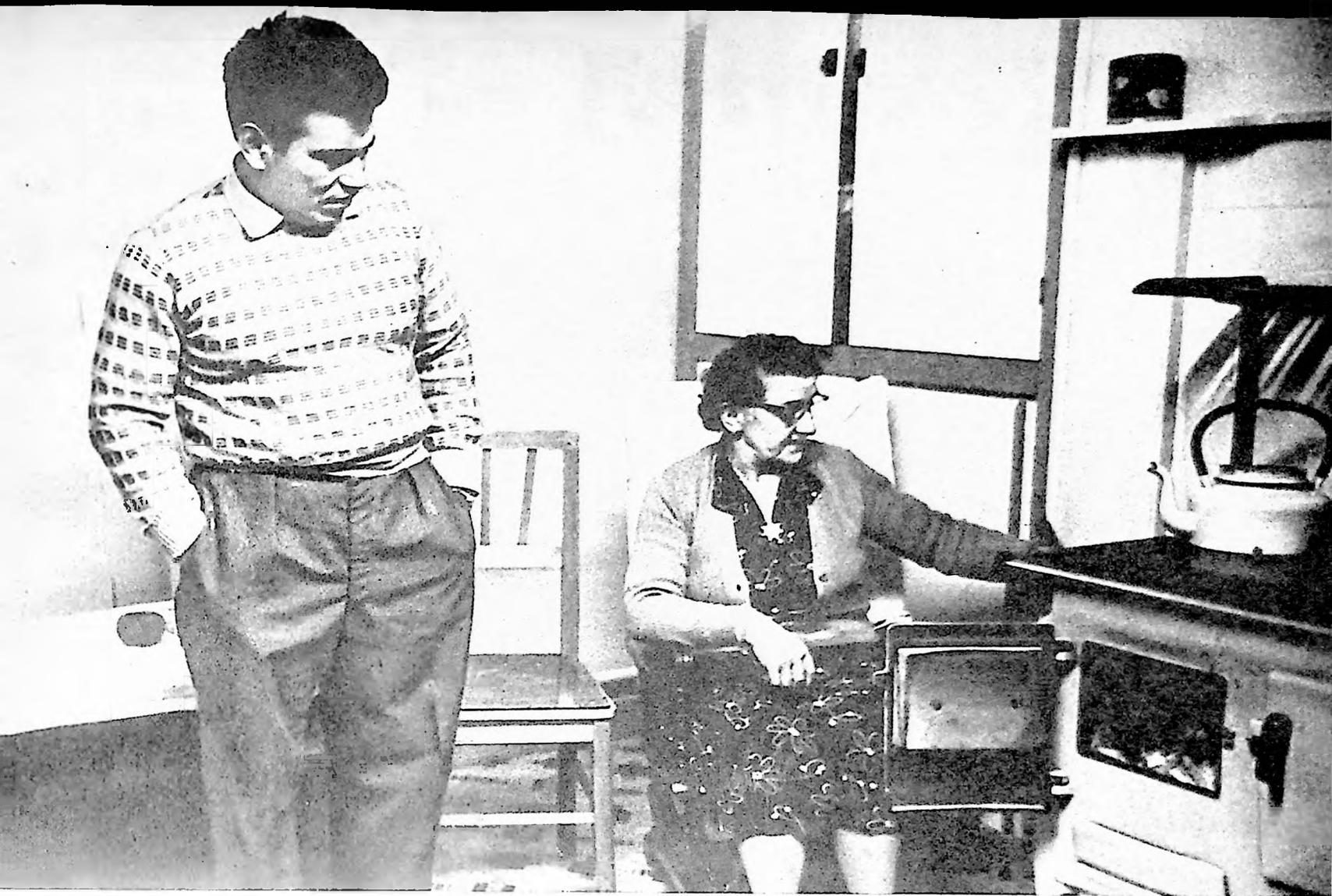
Alicia, la argentina casual.



Los Miranda en su casa de Malvinas.



Té inglés en un viejo fuerte francés. Mr. Sollis es "the patrón".



La madre maneja el único taxi de Stanley y pertenece a una raza olvidada: los kelpers. El padre es carpintero de "la compañía".

sualidad y no lo niega. Tampoco le importa demasiado. En la escuela de Puerto Stanley le enseñaron que las Falkland pertenecen al Commonwealth, y no le hablaron de Latinoamérica.

Los Miranda viven en una confortable casita con todas las comodidades. El padre es carpintero de "la compañía" y la madre conduce el único auto de alquiler que hay en Malvinas. Alicia es scout-girl, habla castellano con acento inglés, estudia y espera. ¿Qué espera? Casarse con alguien que la lleve de allí. Vivir en el mundo. ¿Se casaría con un argentino? "¿Por qué no? Pero es difícil, nunca vienen acá".

El empecinado rechazo de las autoridades inglesas hacia nuestro país hace que —efectivamente— sea muy difícil para un argentino llegar a las Malvinas. Tampoco tienen ningún aliciente para intentarlo. Salvo la aventura patriótica que llevó al piloto Fitzgerald a un vuelo subreptico para dejar nuestra bandera enganchada en un alambrado. Esta pintoresca y solitaria "patriada", efectuada el año pasado, hizo

fruncir las cejas al "governor" Sir Edwin Arrowsmith. No conviene que los desarraigados "kelpers" recuerden que tienen tan cerca un país rico y joven, que reclama las islas como suyas.

Por eso mismo, ningún barco que sale de Malvinas toca puertos argentinos. Su destino más cercano es la neutral Montevideo. Y, paradójicamente, el cónsul uruguayo en Puerto Stanley es nuestro tercer compatriota. El vergonzante.

El señor Rowe, que ostenta la representación oficial uruguayo en Puerto Stanley, oculta cuidadosamente su nacionalidad argentina. Se avergüenza de haber nacido en un país que las autoridades ignoran oficialmente. Es que el señor Rowe —aparte de su misión diplomática— hace buenos negocios en las Malvinas. Es propietario de varios comercios y su prosperidad corre paralela a la de "la compañía". Por sus manos pasan interesantes transacciones entre puerto Stanley y Montevideo. Si algo le conviene al señor Rowe, es que las cosas queden como están. Y para los argentinos es

una tradición querer cambiarlas.

En 1833 la goleta inglesa "Clio" apuntó sus 50 cañones hacia Puerto Soledad, que entonces era la capital argentina de las islas. El imperio necesitaba un control estratégico del estrecho de Magallanes y lo obtuvo por su expeditivo y habitual método de la fuerza. Es conocido el diálogo de sordos que en esos 132 años mantuvieron ambos gobiernos sobre sus derechos a las Malvinas. En nuestro país se acuñó un reiterado slogan patriótico: "Las Malvinas son argentinas" y todos los años se envía la tradicional nota de protesta.

Pero en lo que fuera Puerto Soledad solo quedan unas pocas ruinas. A pocos kilómetros se encuentra la casa más antigua de las Malvinas. Un viejo fuerte francés que ahora es el casco de una estancia.

—"I am the patrón" — dice Mr. Sollis, administrador de la estancia, utilizando sin saberlo una palabra castellana en su inglés malvinense. Y cuando sale a recorrer su pedregoso territorio poblado de ovejas,

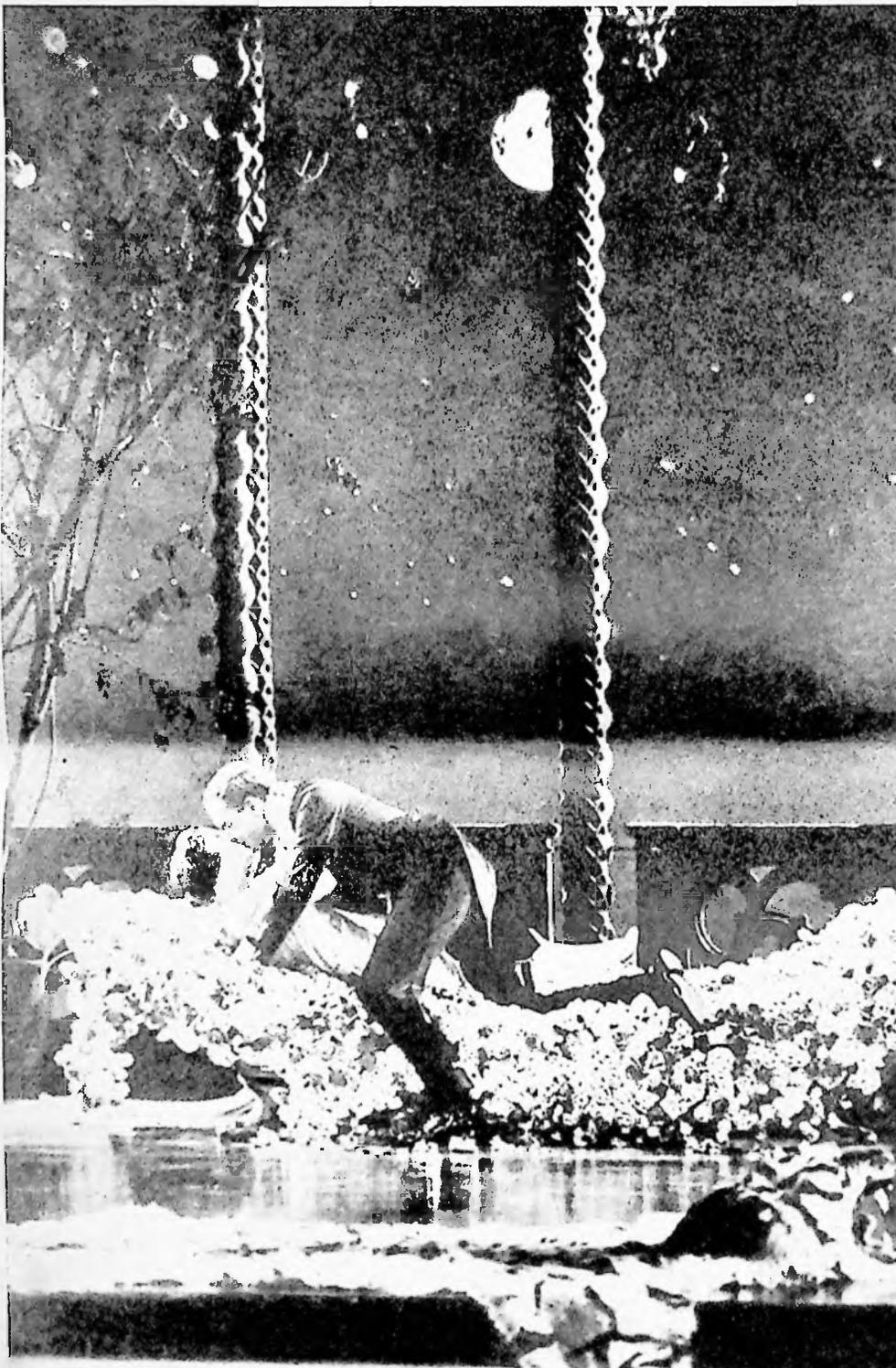
otra sorpresa se desliza en su vocabulario: "Open the tranquera" ordena al peoncito que lo acompaña.

Creendo hablar inglés, los malvinenses utilizan infinidad de palabras heredadas de los primitivos pobladores criollos: corral, zaino, boleadoras, palenque, estribo, cincha, etc. Un subreptico atavismo idiomático hace pervivir el pasado argentino en las islas de piedra y niebla. Y si la goleta "Clio" hubiera seguido de largo, Mr. Sollis sería don Solís, como su tatarabuelo gaucho.

La bruma que envuelve a las Malvinas parece alzarse para ocultar recíprocamente a las islas y el continente. Para los argentinos han sido siempre un símbolo. Pero al margen de los reclamos diplomáticos y los conflictos políticos, hay un hecho profundamente humano: el triste drama sin futuro de los malvinenses.

Recién cuando asumamos y nos duela ese drama como una realidad, Alicia Miranda dejará de ser solo una argentina casual, Mr. Briggs un compatriota alcohólicos y el señor Rowe un argentino avergüenza.

LOS HEROES



1924: el cine mudo vive su apogeo. Reina la figura casi legendaria de la guionista "Madame" Elinor Glyn, quien introduce en la pantalla el mundo lujoso y "depravado" de la aristocracia europea. En su obra maestra, "Tres semanas", Hollywood pone al servicio del amor "prohibido" su aparato más espectacular. El escenario es ideal: un cielo estrellado, luna llena y un elaborado balcón. Reclinada sobre un perfumado lecho de rosas, la heroína Aileen Pringle se confunde en un extático beso con el fascinante galán Conrad Nagel. El público suspira.

Miles de veces por día, en miles y miles de ciudades de todo el mundo, el tiempo se detiene. Deja de existir. Es el extático momento del beso. El beso cinematográfico, símbolo de ese amor fatal, sublime, apasionado, melancólico o "prohibido" que sueñan e imitan millones de personas. El beso exaltado desde hace más de medio siglo por las sacerdotisas del amor: las estrellas de cine. El beso "fabricado" a imagen y semejanza de un público que busca en los héroes de la pantalla una parte de sí mismo.

Al principio, era la pudorosa caricia, el contacto casi imperceptible, el casto abrazo. En el alba del cine mundo, los anónimos protagonistas (todavía no había nacido la estrella) de las más ingenuas aventuras se limitaban al suspiro... y el público suspiraba.

Hasta que Theda Bara introdujo en la creciente maquinaria industrial de Hollywood, el beso en la boca. Un beso perverso, a través del cual "la Mujer Vampiro" bebía el alma de su amante llevándolo a la perdición... El público se estremecía.

Pronto surgieron las "diosas intocables", las míticas figuras como Greta Garbo, que encarnó "el divino sufrimiento", y Norma Shearer, etérea, desfalleciente. Y surgió el ídolo de los ídolos, el arquetipo del amante: Rodolfo Valentino. Sus besos causaban estragos entre el público femenino, sus abrazos violentos, pasionales, provocaban desmayos, su casqué pasó a la historia.

A partir de 1927, es la revolución. La era del cine sonoro transforma para siempre al séptimo arte. Desaparecen los gestos estereotipados, las situaciones melodramáticas, las expresiones exageradas, para dar lugar a la magia de la